

Las palabras de la humanidad

Más tarde, sabiendo que ya todo estaba cumplido, y para que se cumpliera la Escritura, Jesús dijo: «Tengo sed». Había allí una jarra de vinagre, así que mojaron una esponja en él, la pusieron en una caña de hisopo y se la acercaron a los labios de Jesús. (Juan 19:28)

A primera vista, esa afirmación no nos dice nada. Es exactamente lo que se esperaría de un moribundo, seco y deshidratado tras seis horas en una cruz. «Tengo sed». Claro, eso es lo que iba a decir. Pero creo que dice mucho más. Me atrevería a sugerir que esta era una afirmación de plenitud.

Quizás recuerdes que se mencionaron dos bebidas en la cruz. Es útil saber cuál es cuál. En Mateo 27:34, mientras Jesús era crucificado, la Biblia nos dice que le ofrecieron una bebida llamada "vino mezclado con hiel". La hiel era un narcótico, un agente adormecedor. Incluso los crueles romanos tenían un toque de misericordia. Antes de crucificar a un hombre, le daban algo para distraerlo y permitirle soportar el dolor. Cuando a Jesús se le ofreció eso, lo rechazó. Dijo: "No".

"¿Por qué lo rechazaría?" Una razón es que, sin duda, Jesús no elegiría escapatorias ni atajos. Estaba decidido a soportar todo el peso y la ira de la cruz. Jesús quería tener plenas facultades mentales mientras estuviera allí para poder resumir toda su vida y ministerio en estas siete declaraciones hechas desde la cruz.

Pero seis horas después le ofrecen otra bebida. Nos la identifican como vino mezclado con vinagre. Era diferente. Era un vino barato, apenas fermentado, si es que fermentaba; era vino mezclado con vinagre. Los eruditos suelen decir: «Una parte de vino, dos partes de vinagre». No tenía hiel, no tenía ningún efecto adormecedor. En todo caso, estimularía sus sentidos. Y Jesús dijo: «Tengo sed», y se lo dieron.

Entonces, ¿por qué bebió la segunda copa? Vean el versículo 28. «Después, sabiendo que ya todo estaba consumado, y para que se cumpliera la Escritura, Jesús dijo: 'Tengo sed'». Amigos, hay otra evidencia de que Dios estaba colgado en la cruz. Estoy convencido de que solo Dios podía saber lo que Jesús sabía en ese momento. Después de seis horas de un dolor insoportable y abrumador, y momentos antes de morir, ese hombre colgado en la cruz reflexionó sobre las más de 700 profecías sobre su vida para ver si se habían cumplido. Las siguientes son profecías sobre la muerte de Jesús.

La traición de un amigo cercano. (Salmo 41:9)

El abandono de los discípulos. (Salmo 31:11)

Las falsas acusaciones. (Salmo 35:11)

El silencio ante sus jueces (Isaías 53:7)

Ser hallado inocente (Isaías 53:9)

Su conteo con los transgresores. (Isaías 53:12)

Ser crucificado. (Salmo 22:16)

La burla de los espectadores. (Salmo 109:25)

La burla de la no liberación. (Salmo 22:7,8)

La apuesta por sus propias vestiduras. (Salmo 22:18)

La oración por sus enemigos. (Isaías 53:12)

Ser abandonado por Dios. (Salmo 22:1)

La entrega de su espíritu en las manos del Padre. (Salmo 31:5)

Los huesos no se quebrarán. (Salmo 34:20)

El entierro en la tumba de un hombre rico. (Isaías 53:9)

Me dieron vinagre para mi sed (Salmo 69:21)

¿Sabías que había tantas profecías sobre la muerte? ¿Era este hombre solo un hombre? Mientras reflexionaba sobre ellas, le vino a la mente una que aún no se había cumplido: una última profecía. El Salmo 69:20 profetizaba que se ofrecería vinagre y que sería consumido. Jesús, sabiendo que lo haría y que debía cumplir todas las profecías, dijo algo para que se cumpliera. Dijo: «Tengo sed». Le dieron el vinagre. Fue una declaración de cumplimiento. Pero aún más importante, fue una declaración de encarnación.

Pudo haber dos razones por las que Jesús hizo esta declaración desde la cruz. Una, para completar la profecía; y la segunda, porque el hombre tenía sed. La primera razón nos muestra que era Dios, mientras que la segunda, que era hombre. Juntas, validan una vez más la mayor afirmación de toda la historia: la de la encarnación. Encarnación simplemente significa que este hombre, Jesús, era Dios encarnado. Hay afirmaciones al respecto a lo largo de toda la Biblia. Juan comenzó su evangelio con: «En el principio era el Verbo» (una metáfora de Jesús). «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1:1). Y luego, 14 versículos después, dijo:

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros».

Colosenses 2:9 dice: "Porque en Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad". O, en 1 Timoteo 3:16, Pablo le dice a Timoteo: "Apareció en un cuerpo y fue vindicado por el Espíritu", y la lista sigue y sigue. No puedo enfatizar esto lo suficiente. La afirmación de la encarnación es la división continental de la fe; fluye en una u otra dirección. Verán, el mundo ama a Jesús. El noventa por ciento de Estados Unidos incluso se declara cristiano; todos aprecian a Jesús porque era cariñoso, amable, cálido y cariñoso, y el mundo está ansioso por hablar de él como un buen maestro, un gran filósofo y un hombre amable. Pero a menos que lo aceptes como Dios encarnado, la Biblia no tiene sentido. Es la afirmación crucial de toda la humanidad. Si crees que él es Dios encarnado, todo lo demás encaja. ¿Caminó sobre el agua? Claro, quien creó el agua también puede caminar sobre ella, ¿no? ¿Que resucitó de la tumba? Aquel que cambió la vida, ¿sorprende que la muerte no pudiera retenerlo? El hecho de que pudiera decir: «Tus pecados te son perdonados», colgado en la cruz. Si él es Dios en esa cruz, no sorprende que su muerte tuviera un significado salvador.

La decisión crucial de nuestra vida es: ¿Era este hombre realmente Dios? ¿O era Dios realmente este hombre? Eso es todo. Y la afirmación: «Tengo sed» dice: «Sí». Sí, la tenía. Era Dios encarnado.

Quiero sugerirles que hay una manera muy práctica y cotidiana en la que la encarnación de Jesús, Dios hecho carne, significa todo para nosotros. El Dios que puso las estrellas en el cielo, que creó el mundo con su palabra y que les dio vida en el vientre de su madre, ese Dios vino, vivió y murió en una cruz para poder sentir lo que ustedes sienten, sudar como ustedes sudan, doler como ustedes duelen y llorar como ustedes lloran. La triste realidad es que la mayoría de la gente reconoce a Jesús, incluso hablo de los cristianos

de ahora, pero tienen muy poca comprensión de cómo él realmente quiere impactar su vida diaria.

La mayoría de la gente ve a Jesús como un hombre que vino a establecer una religión, el cristianismo, una institución, la iglesia, un código de conducta, la Biblia, y creen que eso es todo. ¡No! Jesús no vino a esta tierra ni a colgarse de esa cruz para establecer una religión. Vino a restablecer relaciones.

Quizás hayas oído eso antes, pero aún no lo entiendes. Crees que Jesús vino en carne, estuvo aquí, hizo eso, regresó al cielo y lo que hizo fue importante; caso cerrado. ¿Cómo puedes tener una relación con alguien que no está aquí? No puedes verlo, tocarlo, sentirlo ni oírlo. Somos como la niña de seis años que tuvo una pesadilla. Su madre entró en su habitación mientras lloraba, tratando de animarla y fomentar su independencia. La acarició y le dijo: "Cariño, vuelve a la cama, Jesús está contigo". La niña miró hacia atrás y dijo: "Bien, quédate aquí con Jesús, yo voy con papá".

Ahora nos reímos de eso, pero así es como la mayoría de la gente que conozco piensa en Jesús. Muchos creen que Jesús está cerca, pero necesitamos algo de carne y hueso con quien acurrucarnos. Necesitamos a alguien a quien podamos contactar, alguien que nos toque, alguien que realmente nos comprenda. Si hay un pasaje que responde a la pregunta: ¿Le importa a Jesús? ¿Puede tocarnos? ¿Podemos tocarlo? ¿Puede realmente satisfacer mis necesidades hoy? Es la Escritura que estamos estudiando ahora. Jesús dijo: «Tengo sed».

Una de las cosas más fascinantes de toda la Biblia es que, cuando Jesús estaba a punto de comenzar su ministerio, se fue al desierto

sin comer durante 40 días. La Biblia tiene una de las frases más sutiles de toda la Escritura: "Y tuvo hambre". Cuarenta días sin comer y tuvo hambre. Ahora, en los últimos minutos de su vida, mientras colgaba de la cruz, lo encontramos sediento.

Me intriga que, en los momentos culminantes de su ministerio, veamos a Jesús luchando con las necesidades humanas más básicas: hambre y sed. ¿Se han preguntado alguna vez por qué se nos dice eso? ¿Por qué aquí en Mateo 4, en el desierto, cuando Jesús se enfrenta a Satanás mientras intentan averiguar quién gobernará el mundo? Hablamos de la batalla espiritual de toda la eternidad. Luego se nos dice: «Y tuvo mucha hambre». ¿Por qué aquí, en el día más negro de la historia, donde Jesús experimentaba la misma oscuridad mientras todos nuestros pecados se acumulaban sobre él, y buscaba al Padre sin encontrarlo, clamando: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». También se nos dice: «Y tuvo sed».

¿Alguna vez te has preguntado por qué nos dicen esas cosas? Es para que las palabras de Hebreos 4:15-16 resuenen en nuestros oídos con toda certeza: «Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia». Fíjate en esto: «para que nos ayude en nuestro momento de necesidad».

La hermosa canción dice: "¿Le importa a Jesús cuando mi corazón está demasiado dolido para la alegría o el canto? ¿Cuando las cargas me aprietan, las preocupaciones me angustian y el camino se hace largo y fatigoso? Sí, a él le importa, sé que le importa".

Pero mejor que la canción, Pedro dijo: "Echen toda su ansiedad sobre él, porque él cuida de ustedes" (1 Pedro 5:7).

Jesús no está aquí hoy en carne y hueso para abrazarme, para tomarme de la mano físicamente en las noches oscuras y los momentos de miedo. Me alegra que ya no esté aquí en carne y hueso. Porque ya hizo lo que debía hacer y nuestro pecado fue quitado. Si todavía estuviera aquí, sería para abstenernos y absolver nuestro pecado. También me alegra que ya no esté aquí en carne y hueso, porque está de vuelta en el trono celestial intercediendo por nosotros ante el Padre. Me alegra porque ya no está en carne y hueso, confinado en el tiempo, el lugar y el espacio. Él puede conocer y lidiar con todo nuestro dolor, sufrimiento y necesidades al mismo tiempo. No tenemos que ser como un leproso, como el ciego Bartimeo o el hombre ciego; no tenemos que intentar averiguar: ¿Está Jesús en Nazaret? ¿Está Jesús en Capernaúm? ¿Está Jesús en Jerusalén? Quiero verlo. Está ahí mismo, ahí mismo, donde podemos tocarlo en cualquier momento.

Me alegra que no esté aquí físicamente porque dejó un "Consolador", el Espíritu Santo de Dios, no solo para estar con nosotros, sino para vivir en nosotros cuando seamos resucitados como una nueva creación al ser bautizados en Cristo. El Espíritu Santo que vive en nosotros intercede en nuestras oraciones. Romanos 8:26 dice que ofrece gemidos por nosotros que ni siquiera sabemos cómo ofrecer. Habla con el Padre sobre nuestras necesidades que ni siquiera sabemos cómo pedir. Por lo tanto, cuando cualquiera de nosotros acude a Dios en oración, Jesús en el cielo puede identificarse con nosotros y suplir cualquier necesidad que tengamos. Si esto no tiene sentido para ti es porque nunca has conocido al "hombre" Jesús, o porque nunca has visto la oración como la oportunidad de hablar con él cara a cara. No solo ores, vive en oración. Eso es una afirmación de cuidado. Un autor dijo que la

cuna en Belén prueba que Dios vino. La cruz del Calvario demuestra que Dios se preocupa.

Llevaron la caña de hisopo con el vinagre y el vino a sus labios y, "Cuando tomó la bebida, Jesús dijo: 'Consumado es'. Dicho esto, se inclinó y entregó el espíritu" (Juan 19:30). Jesús necesitaba satisfacer las necesidades de la humanidad antes de poder afirmar su divinidad. No pudo decir: "Consumado es" hasta que su sed humana fue saciada y apaciguada. ¡Qué gran amigo tenemos en Jesús, para soportar todos nuestros pecados y penas! Sublime Gracia, Lección n.º 1255, Steve Flatt, 24 de marzo de 1996.